

## NOTAS DE LIBROS

CARO BAROJA, Julio: *De etnología andaluza*. Edición y prólogo de Antonio Carreira (Málaga: Servicio de publicaciones. Diputación Provincial de Málaga), 588 pp., 248 figuras. Dibujos del autor, Serafín Baroja y Manolo Blasco; fotografías de George M. Foster; planos y grabados.

Desde su primera toma de contacto con la región en 1947, hasta su última publicación de 1983, don Julio Caro Baroja se ha ocupado de temas andaluces de forma intermitente produciendo dieciocho monografías; de éstas, tres permanecían hasta ahora inéditas, dos habían sido publicadas en revistas extranjeras, una en un periódico y el resto, exceptuando el prólogo a la obra de Manolo Blasco, en revistas nacionales o locales, con especial presencia en la *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* (cuatro artículos y una reseña).

Antonio Carreira ha compilado todo este material en *De etnología andaluza*, obra de incuestionable valor no sólo por reunir y dar a conocer datos que permanecían dispersos o sin publicar, sino también porque en su conjunto nos informa sobre la trayectoria profesional y vital de don Julio en Andalucía, tema que el prologuista y editor desarrolla con gran acierto ofreciendo además, como apéndice del prólogo, una bibliografía muy completa de otras publicaciones etnológicas dedicadas a la región, e índices onomásticos y toponímicos al final del volumen. La obra está organizada en dos grandes apartados: el primero reúne cronológicamente los diez escritos dedicados a Andalucía en general y el segundo a provincias concretas (Cádiz, Córdoba, Huelva y Málaga), aunque en nuestro comentario vamos a ceñirnos a un orden estrictamente cronológico para intentar profundizar en las circunstancias íntimas y variables que, a través de más de cuarenta años, han vinculado a Julio Caro Baroja con Andalucía.

El primer trabajo presentado con una amplitud de más de doscientas páginas impresas, «Notas de viajes por Andalucía (1949-1950)», nos da a conocer los cuadernos de campo que Julio Caro Baroja elaboró mientras realizaba trabajo de campo en compañía de George M. Foster. Su valor documental es enorme, en primer lugar por el largo período transcurrido desde su escritura, en el que han acaecido grandes transformaciones en las sociedades retratadas, con la pérdida de muchos de los aspectos tradicionales entonces documentados. Además al no realizar finalmente el libro (*Cartas andaluzas*) al que iban destinadas estas notas, muchas de ellas contienen informaciones inéditas que aún hoy pueden aprovecharse en trabajos monográficos. Como en los diarios de campo clásicos, se trata en general, de escuetos apuntes presentados en bruto sin revisión posterior ni apoyo bibliográfico, precedidos tan sólo por el nombre de la localidad y la fecha en que se recogieron. Sin embargo se diferencia de otros (o al menos de los más recientemente publicados) por la omisión de cualquier comentario o reflexión personal sobre las circunstancias en que se desarrolló el trabajo. Estas noticias sin duda estarán tocadas en el diario personal que D. Julio ha confeccionado,

en parte conocido gracias a su autobiografía *Los Baroja*<sup>1</sup>, de la que oportunamente Antonio Carreira entresaca los datos más relevantes en el prólogo. Las *Notas* unas veces son fruto de la observación personal (paisajes, tipos de población, arquitectura, actividades o aperos que D. Julio pudo observar en sus itinerarios) y otras, de las noticias proporcionadas por informantes identificados. Las 128 figuras que acompañan al texto, muchas de ellas inéditas, ofrecen una información esencial sustituyendo al propio texto o constituyendo su soporte indispensable.

Entre los variadísimos temas tocados en unas y otras localidades de todas las provincias andaluzas destaca, en primer lugar, la preocupación lingüística por recoger la nomenclatura y los vocablos específicos, así como el análisis etimológico de topónimos y voces que muchas veces, como en las Alpujarras, han sido y siguen siendo soporte de las argumentaciones enfrentadas que sostienen la mayor influencia castellana o mozárabe en las tradiciones culturales del área. La arquitectura y tecnología popular también son objeto de atención recurrente, complementándose la información escrita con dibujos, que en el caso de los aperos suelen incluir la nomenclatura específica y nos aclaran el origen de la información contenida en artículos como «Tipos de arados españoles y sus áreas de distribución»<sup>2</sup>, aunque otros instrumentos, como los mayales entonces en uso en algunas zonas andaluzas, no habían sido hasta ahora publicados. El interés por las técnicas agropecuarias es paralelo al de las artes de pesca. Una atención más somera reciben los oficios, artesanías e indumentaria, temas que también suelen tratarse.

Por otra parte, independientemente de su soporte (edificios, muebles, bocallaves, etc.), es notoria la atención dedicada al arte popular y sus motivos decorativos que en aquella época despertaban gran interés en arqueólogos y antropólogos, al constatar la supervivencia, o recurrencia de determinados temas durante grandes períodos de tiempo y en culturas muy diferentes. También don Julio intenta precisar en algunas localidades donde los contactos fueron más estrechos, el calendario festivo, las relaciones sociales, el desarrollo de determinadas celebraciones, o las supersticiones y prácticas de medicina popular, destacando las ciento treinta y dos recetas documentadas en El Alosno. Por último, el tratamiento del cante jondo denota una observación profunda de los sentimientos, actitudes, tipos de letras y melodías.

Al finalizar el trabajo de campo en Andalucía, el fallecimiento de su madre sume a don Julio en una profunda tristeza, interrumpiéndose el proyectado libro del que sólo podemos hacernos una idea parcial por una serie de artículos publicados en la década de los cincuenta. Los dos primeros aparecidos en 1952 y 1954, de un carácter más erudito que basado en el trabajo de campo, se dedican a los tipos de poblaciones encontradas, tratándose en uno de las fundaciones realizadas durante el reinado de Carlos III en Sierra Morena y las lindes entre Córdoba y Sevilla: «Las “nuevas poblaciones” de Sierra Morena y Andalucía. Un experimento social en tiempos de Carlos III» (*Clavileño*, núm. 18, nov.-dic. 1952, pp. 52-64). El estudio se centra en los aspectos sociales de las nuevas fundaciones, explicando en primer lugar como causa fundacional el intento, que fracasó, de acabar con el bandolerismo que azotaba la ruta desde Ciudad Real a Andalucía, especialmente en las zonas reseñadas donde la despoblación era grande. El clasicismo ilustrado se puso en práctica en todas sus facetas, dictándose desde un prototipo de estructura social igualitario (los pobladores debían ser extranjeros, ale-

<sup>1</sup> Julio CARO BAROJA, *Los Baroja* (Barcelona: Círculo de Lectores, 1986).

<sup>2</sup> *RDTP*, V (1949), pp. 396.



manes y flamencos de religión católica, con ausencia de órdenes religiosas, nobles u otras manos muertas y dedicación preferente a la agricultura), hasta el reparto de suertes de tierra, ganado y aperos que posibilitasen su sustento. También se detiene, corroborando los informes sobre el tema con planos y plantas, en la estructura de las nuevas poblaciones y sus términos con especial atención a La Carolina, La Carlota y sus aldeas dependientes. Las fundaciones se realizaron según criterios clasicistas que dan como resultado plantas geométricas en los núcleos urbanos y la división del término en suertes de iguales dimensiones. El artículo concluye con una comparación de lo que se quiso que fueran y lo que hoy son en realidad los nuevos poblados de Carlos III: en poco más de tres siglos sólo el trazado geométrico de los pueblos y algunos edificios subsisten, habiéndose perdido su especial estructura social, el reparto igualitario de las suertes y la mayoría de los rasgos germánicos de los pobladores.

Asimismo el interés por los tipos de poblaciones, de las que realizó numerosos dibujos en el «vertiginoso viaje» por la región, generó otro artículo publicado en 1954, «Pueblos andaluces», donde establece una tipología en la que se intenta ver las correspondencias con la que en su día ofreciera Aristóteles en su *Política* sobre las ciudades mediterráneas, recogida por el árabe Aben Jaldún en *Prolegómenos*. Málaga, Almería o Granada pertenecen al prototipo de ciudades monárquicas con grandes palacios. El tipo de poblaciones regidas por una aristocracia se caracteriza por la existencia de un castillo o alcazaba que domina la población establecida a sus pies en el llano o las laderas del monte, y las democráticas, que en Andalucía son en gran parte producto de la reconquista, por el plano en cuadrícula como la prototípica Santa Fe, El Campillo, Gibraleón o Granada. También presta atención a las estructuras o modelos muy antiguos como los barrios de cuevas existentes sobre todo en la Andalucía oriental, al tipo de *polis* mediterránea marítima y colonial como Cádiz, Salobreña o Almuñécar, y a la división por barrios de los pueblos alpujarreños que se corresponde con la organización tribal y de linajes característica de los medios montañosos norteafricanos.

Del ingente volumen de datos obtenidos durante el trabajo de campo, don Julio sólo elaboró algunos que fue dando a conocer siguiendo lo que hubiera sido el orden lógico de los capítulos de un libro. Así y tras su atención al tipo de poblaciones, en 1956 publica «En la campiña de Córdoba» (RDTP, XII), basado en los datos que acopió durante su estancia en Bujalance, dentro de la comarca de la campiña baja. Tras la descripción del núcleo de población, sus edificios principales y barrios, pasa a la de las diferentes clases sociales y los desequilibrios económicos consecuentes no sólo del sistema de propiedad a base de latifundios trabajados por braceros, sino también de la falta de empleo y variedad de trabajos o alternativas profesionales diversificadas. El territorio agrícola del término dividido en ruedo, trasruedo y campiña, con sus diferentes tipos de propiedad y cultivos, es mencionado para centrarse a partir de este momento en la campiña donde se sitúan los cortijos, cortijillos y casillas propias de los cultivos de cereal, por una parte, y las caserías existentes en las haciendas de olivar, por otra. Los ciclos de ambos cultivos, aperos y tipos de construcciones son minuciosamente descritos, incluyendo las denominaciones de cada fase diferenciada del trabajo y de la persona o personas que las realizan; como es usual, la información escrita se complementa con la proliferación de ilustraciones. El artículo finaliza con una breve enumeración de precios y salarios que nos muestra la pérdida de nivel adquisitivo del jornalero de Bujalance entre la década de los treinta y la de los cuarenta.

Al año siguiente, 1957, aparecen en la RDTP (XIII), dos artículos dedicados a conmemoraciones festivas documentadas en las provincias de Córdoba y Huelva. Uno está

dedicado a la «Semana Santa en Puente Genil» según fue observada en 1950 con Foster, a quien pertenecen las 33 láminas que ilustran la detallada descripción de las procesiones, cofradías, hermandades, personajes bíblicos, etc. El autor subraya también la escasa o nula participación de las mujeres en estos actos, la preocupación oficial por la compostura y la represión por el exceso del consumo de vino u otros desórdenes. Finalmente se concluye (pp. 459-60): «las procesiones... parecen servir de coyuntura para que se reafirmen las bases del orden social tradicional y se haga bien patente la posición de cada cual, de cada miembro masculino de la población... también para hacer gala de la situación económica que se disfruta y de manifestar esplendidez ante los extranjeros».

En el mismo tono de intentar profundizar en las bases y motivaciones sociales de las fiestas son tratadas las «Dos romerías de la provincia de Huelva». La primera es la fiesta de Ntra. Sra. de la Peña, Puebla de Guzmán (Huelva 29 y 30 de abril y 1 y 2 de mayo), en la que tras la enumeración de la bibliografía y fuentes utilizadas, de las que se reproducen los estatutos de la hermandad, los programas de fiestas, etc., hace una minuciosa descripción de los actos que se suceden en la conmemoración, destacando la comida de los pobres y las caballadas. Como en el caso anterior, don Julio ve claros intereses de clase con la exaltación de los más pudientes en el evento (pp. 482-3): «En suma, la fiesta de la Virgen de la Peña parece que en sus orígenes y desenvolvimiento sigue una tradición cristiana medieval tardía de raigambre castellana y caballeresca, que en el siglo XVIII sufre una transformación y se carga de elementos nuevos. La elaboración sigue a lo largo del siglo XIX (con un posible momento de decadencia) y en éste.

Después de la guerra civil es probable que haya cobrado un sentido que hasta entonces no tenía, o que, por lo menos, no estaba más que apuntado. Es una fiesta de clase pudiente del pueblo, en esencia».

En la siguiente romería tratada, «La Fiesta de San Benito. El Cerro del Andévalo (Huelva)», se completan los datos obtenidos directamente, con los informes de don Domingo Márquez, como consta en el mismo título. En ella destaca además de la descripción de los actos, organización, etc., el gran protagonismo del mayordomo cuyo relevo anual se produce durante la celebración de la fiesta y que debe ser un hombre casado (también es esencial el papel de la mayordoma), de grandes recursos dinerarios y con un elevado número de caballerías para poder afrontar los gastos y actos que se suceden.

Pero los contactos personales de don Julio con Andalucía no acabaron con aquel viaje realizado entre 1949-50; así en 1956 (p. 560), «con el ánimo destrozado y el cuerpo muy flojo, pensé buscar alivio a mis males, descansando en Málaga» y durante el invierno del 57 adquiere una casa en Churriana. No es un buen momento para la producción científica y tan sólo acepta dar una conferencia en la cátedra del vino de Jerez de la Frontera que dedicó a «El vino y la civilización mediterránea». Allí, con un tono abierto y distendido, acorde con el tipo de oyentes que le escucharían, muestra en primer lugar la antigüedad del cultivo de la viña en Andalucía, remontable al menos hasta las colonizaciones griegas y fenicias y objeto de exportaciones en época romana, para extenderse, en segundo término, con el relato de las fiestas dionisiacas o báquicas que están documentadas en Lebrija. Finaliza su exposición con una loa al buen beber de los andaluces que rara vez les conduce a orgías o desmanes propios de otras culturas, y a los que definió como un término medio entre el carácter dionisiaco y el apolíneo.



Cinco años pasan hasta que nuestro autor vuelva a tratar sobre Andalucía y lo hace en 1962 con otra conferencia cuyo tema tiene claros paralelos con su experiencia personal: «Málaga vista por los viajeros ingleses de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX» (*Gibraltar. Revista de Estudios Malagueños*, XII, núm. 14). Henry Swinburne (1775-76) y Joseph Townsend (1786-87) son los autores del siglo XVIII tratados, destacando el acopio de informaciones sobre paisajes, cultivos, manufacturas y economía del segundo frente a los arquetípicos relatos de la época. Ambos viajeros se detienen en el cultivo del vino especialmente de *mountain* y sus exportaciones, además Townsend incluye buenas descripciones de la ciudad de Málaga y sus clases sociales, llegando a la conclusión, en contra de los tópicos al uso, de que los campesinos andaluces son muy trabajadores. En el siglo XIX, sobre todo en los primeros años, se acrecienta el romanticismo inglés hacia España especialmente por la resistencia a Napoleón. Como viajeros ingleses de esta época destacan Robert Semple y William Jacob, ocupándose el autor sólo de las descripciones del primero, que da una visión histórico-arqueológica tomada de autores españoles además de sus observaciones personales.

En 1963 don Julio vuelve a publicar «En la campaña de Córdoba» en una revista francesa donde completa y actualiza el artículo retitulado: «Remarques sur la vie agrarie en Andalousie» (*Études rurales*, 10, juillet-septembre, 1963) con un pequeño prefacio en que reflexiona sobre la antigüedad del latifundio en Andalucía, su continuidad histórica, las desigualdades sociales que este sistema de explotación ha generado y las reformas agrarias planificadas para solventarlo.

Su vinculación con Málaga convierte este lugar en uno de sus puntos de análisis y en 1965 publica «Invasionen Invasionen» (*Merian Das Monatsheft der Städte und Landschaften*, XIX), donde hace un rápido repaso de las diferentes culturas o tipos de invasores que han pasado por Málaga, afrofenicios, romanos, cristianos y otros orientales; bizantinos, árabes, berberiscos, comerciantes genoveses y judíos, cristianos peninsulares, comerciantes italianos, luego germánicos y anglosajones para acabar con las oleadas de turistas de la actualidad.

Tampoco es difícil encontrar motivaciones personales en la reseña de 1965 dedicada a los tres primeros volúmenes del *Atlas lingüístico y etnográfico de Andalucía* (1961, 1963 y 1964), confeccionados por su amigo Manuel Alvar, a quien el propio don Julio desde su posición privilegiada en Churriana brindó todo su apoyo. En el amplio y académico comentario de la obra, se presta especial atención a la ingente documentación lingüística y etnográfica reunida en este magno proyecto que hoy se ha completado con otros tres volúmenes.

Un año después realizó, aunque hasta ahora no se había publicado, una reflexión, sin duda fruto de una observación personal más pausada por la adquisición de propiedades en la provincia de Málaga, sobre la decadencia de la agricultura tradicional española, y especialmente andaluza, debida a las radicales transformaciones acaecidas en la década que va de los cincuenta a los sesenta, con el paso de una economía autárquica a otra liberalizadora, la industrialización del país y los cambios en el valor del suelo provocados por el inicio del turismo en la hoya de Málaga. Como ilustración de la validez de las reflexiones de un humanista sobre un problema de tipo económico aduce dos publicaciones decimonónicas de Juan Valera en las que el cálculo de la producción de vino necesaria para comprar un traje o para que un estudiante logre mantenerse en Madrid, arrojan cifras desorbitadas que en sí mismas son significativas sobre el ruinoso negocio que suponía ya en aquella época la producción agrícola.

También ha permanecido inédita hasta ahora, la breve reflexión «Economías microscópicas», redactada en 1967, donde nos habla de la «economía de la perrilla» propia de braceros y las clases más humildes andaluzas. Según ésta, y en contraposición con lo que harían los pobres de otras partes de España, el dinero se fragmenta al máximo para comprar mínimas cantidades de productos (alimentos, bisutería, juguetes, etc.) que no siempre pueden considerarse como imprescindibles o los más adecuados y aun menos dentro de un panorama de pobreza sin perspectivas. También llama la atención sobre el «perrillero», prestamista de poca monta, normal en los mercados andaluces del momento, gracias al cual los más humildes adquieren a plazos este tipo de bienes.

Corroborando su experiencia personal en un artículo publicado en *La Vanguardia Española*, este mismo año, «El observador y la tierra observada», aboga por la imbricación en la sociedad a estudiar, frente a la postura de los antropólogos que consideran que la «lejanía cultural» del forastero puede ayudar a interpretar mejor una sociedad con la que no se tienen vínculos personales y mediatizadores.

En 1968 don Julio incide en los temas andaluces con «La vida en la mina (Río Tinto entre 1868 y 1871)» de «Dos testimonios históricos y familiares» (*Boletín de la Real Academia de la Historia*, CLXII). Se trata de lo que deberíamos denominar un homenaje o recuerdo a su abuelo Serafín Baroja, ingeniero de minas que trabajó en la localidad aquellas fechas. Con un tono plagado de recuerdos y sumamente cariñoso realiza un bosquejo biográfico del personaje para luego, basándose en un cuadernillo que dejó con anotaciones, su correspondencia y los dibujos confeccionados, introducirnos leve pero certeramente en las condiciones del trabajo en la mina, la celebración de Santa Bárbara, dibujos del pueblo, e incluso temas estrictamente personales como los dibujos de su propia vivienda o del bautizo de su primer hijo.

En 1973, cinco años después, cuando el renombre de Julio Caro Baroja ya empieza a utilizarse como aval, escribe el prólogo a la obra pictórica de Manolo Blasco: *La Málaga de comienzos de siglo* (Málaga, 1973). Siguiendo un estilo propio y frecuentemente empleado en el género, da a estas páginas en primer lugar un tono biográfico, rememorando su llegada a Málaga y los contactos establecidos con los hermanos Blasco y otros personajes que concurrían en una tertulia. Manolo, a quien el propio don Julio incitó a pintar, es definido como un hombre enamorado de sus recuerdos de niñez con gran capacidad para plasmarlos. Su pintura, aunque hay un paisaje de fuertes colores, está centrada en la ciudad de Málaga de principios de siglo, 1900-1920, y los cuadros se acompañan de comentarios de gran valor etnográfico e histórico. Son costumbristas y alegres mostrando la Málaga social y sus clases: *La visita*, *La calle Larios*, *El carnaval*, *La cabalgata de Reyes Magos*. Con ellos se quiere representar más a la colectividad que a personajes concretos, especialmente a la burguesía.

En las dos últimas publicaciones dedicadas a Andalucía, don Julio rastrea los rasgos genuinos del andalucismo y los tópicos asociados a la región. Así en 1975, aparece «Los majos andaluces» publicado originariamente en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 299. Se trata de hacer una sociología del majismo andaluz que considera fundamental para comprender el fenómeno globalmente y su influencia en el madrileño. Establece una tipología del majo y la maja con sus caracterizaciones según el atuendo, el gesto, el lenguaje, la música, el baile, los contrastes entre la pobreza y el lujo o el lugar de procedencia (majos gaditanos, jerezanos, sevillanos...). Las obras de González del Castillo son una fuente principal para su ciudad natal (Cádiz), por otra parte cuna y foco principal del movimiento, apareciendo los majos como algo afectados y las majas como violentas y agresivas. También los pintores del XVIII, con Goya a la cabeza, y los del



XIX estuvieron dominados por el majismo, destacando la producción del gaditano Manuel Rodríguez de Guzmán.

En la misma línea de interés sobre «lo andaluz», tópicos, caracteres y creaciones, especialmente gaditanas, se inscribe el artículo publicado en 1983 en la *RDTP* (XXXVIII), «En torno a la literatura popular gaditana». A través de la producción literaria, las canciones, o los escritos de los viajeros extranjeros se estudian una serie de personajes y producciones que, desde el XVII y con una clara evolución en la que se distinguen cuatro períodos, han surgido en torno a Cádiz, irradiando desde aquí a La Mancha, Madrid, y en general el resto de España; el valiente, los jaques, el contrabandista, el majo, el torero, la cultura del caballo, el gitanismo, los tangos de Cádiz, etc., independientemente de su origen popular o culto han impregnado durante siglos la cultura de esta milenaria ciudad, asimilándose en el resto de Andalucía y España.—MATILDE FERNÁNDEZ MONTES.

CEA GUTIÉRREZ, Antonio: *Religiosidad Popular: Imágenes Vestideras (Catálogo de la Exposición celebrada del 15 de septiembre al 31 de octubre de 1992 en Zamora)* (Zamora: Caja España, Obra Cultural, 1992), 161 pp., 2 figuras y 84 láminas en blanco y negro y color.

En un país como España de secular y arraigadísima religiosidad parece obvio que el patrimonio eclesiástico es una fuente indispensable para el conocimiento de la Cultura en su sentido más amplio, aunque su escasa promoción y exhibición haya provocado en el público una atención secundaria a lo sacro respecto a lo profano. Con las sucesivas exposiciones *Las Edades del Hombre*<sup>1</sup> se ha mostrado la punta del iceberg y la oportunidad y aceptación de las convocatorias en que se reúnen objetos religiosos de procedencias varias en torno a un tema monográfico.

En esta línea y salvando las distancias, el catálogo de la exposición: *Religiosidad Popular: Imágenes Vestideras* que ahora comentamos, nos descubre otra pequeña arista del mismo, con demasiada frecuencia despreciada por los estudiosos del arte e ignorada en los trabajos de carácter antropológico. Financiada por la Obra Cultural de Caja España con motivo del séptimo aniversario de la romería en que la Virgen de San Antolín o de la Concha es trasladada a La Hiniesta, Antonio Cea, su comisario, ha reunido cuarenta y siete objetos relacionados con las imágenes vestideras (desde las propias tallas, hasta sus vestidos, grabados, medallas, etc.). Aunque las que son propiedad de la institución organizadora tienen un peso importante, también han prestado sus obras otras veintisiete entidades, la mayoría de ellas religiosas, desde pequeñas parroquias rurales a la Basílica de Nuestra Señora de Atocha en Madrid, sin faltar las aportaciones civiles, públicas y privadas. El catálogo contiene muestras del siglo XVII hasta nuestros días incluyendo representaciones y cultos que dentro de la más pura ortodoxia, se está gestando ante nuestros ojos, como la *Dolorosa Triunfante del Prado del Escorial* (núm. 128).

<sup>1</sup> Con este título genérico se han celebrado cuatro exposiciones en las catedrales de Valladolid (1990), Burgos (1991), León (1992) y Salamanca (1994), dedicadas, respectivamente, a la iconografía, la documentación, la música y el contrapunto (contraste entre lo antiguo y lo moderno).